

pero poco poblado, han sido rigurosamente desmentidos por la crítica moderna. Para Marcel Bataillon es imposible saber si Montaigne ha leído o no a Las Casas²⁵. Mas sin entrar ahora en la polémica acerca del llamado «apóstol de las Indias», cuya figura está perdiendo actualmente la idealización con que ha sido considerada, sí queremos dejar constancia de su entusiasta convicción al afirmar que «todas las gentes del mundo pertenecen a la especie humana». «Esta notable doctrina fue la primera declaración y justificación teológica detallada, en el mundo moderno, de que sólo hay un género humano y que todos los hombres pueden salvarse». Con esta afirmación, aunque desprovista de todo aditamento religioso, coincide Montaigne: «los hombres son todos de una especie»²⁶.

Mas Montaigne no ha silenciado los sangrientos sacrificios humanos de los ritos religiosos aztecas. No se ha destacado bastante, a mi juicio, su falta de indignación hacia los hechos que relata. Y es que no es lo mismo, a mi parecer, intentar atraerse la benevolencia de dioses crueles que dar satisfacción a instintos vesánicos y ello por parte de los que creen o dicen creer en un dios de bondad. La frase con que inicia Montaigne este pasaje, añadida en la edición de 1588, precisa su punto de vista. Sin distinguir entre salvajes y civilizados emplea el pronombre *nous* que nos concierne a todos, reprobando el feroz concepto que tenemos de Dios «que pensemos dar gracias al Cielo y a la naturaleza mediante nuestra matanza y homicidio [opinión] universalmente aceptada en todas las religiones»²⁷.

Por otra parte ya es bien sabido que la experiencia americana y sus problemas apenas recibieron atención en el concilio de Trento (1548-1563) y que esta omisión de los asuntos americanos continuó durante tres siglos.

Mas, independientemente de ello, surgieron, como era esperable, distintas polémicas y puntos de vista acerca de tan inesperado como extraordinario descubrimiento. Entre teólogos y juristas se planteó y se discutió la cuestión acerca de la racionalidad de los indios y de la conveniencia o no de que recibieran enseñanza, especialmente la necesaria para convertirlos al catolicismo. Es digno de ser destacado a este respecto el padre jesuita José de Acosta que en su obra *Historia natural y moral de las Indias* (1.ª edición, 1590) defiende la racionalidad de los indios. Y, por supuesto, dentro de esta línea tenemos que citar a Francisco de Vitoria y al padre Las Casas. Montaigne está claramente a favor de la acertada manera de discurrir de los indios: «La mayor parte de sus respuestas y de las negociaciones hechas con ellos —nos dicen— dan testimonio de que no nos deben nada en claridad mental natural y en pertinencia». Y a título de ejemplo nos transmite una respuesta que en una ocasión dieron a los españoles y que da pruebas de la capacidad de réplica inteligente de los indios. Montaigne no omite, como vamos a ver, la importante crítica de los aborígenes acerca de la línea de demarcación establecida por el papa Borgia, Alejandro VI, pretendiendo ordenar qué tierras habían de repartirse los españoles y los portugueses, crítica que, es obvio, comparte. «Sabido es que los españoles —precisa— cuando llegaban por primera vez a un poblado solían exhortar a los indios, entre otras cosas, a rendir tributo al rey de Castilla, al cual el papa, representante de Dios en la Tierra, le había

²⁵ L. III.º, cap. VI, pág. 910 (B) y Michèle Duchet, obra cit., pág. 195.

²⁶ Lewis Hanke, «El significado teológico del descubrimiento de América», en Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 298, abril 1975, págs. 5-17 y L. I.º, cap. XIV, pág. 51 (A).

²⁷ L. I.º, cap. XXX, pág. 201 (B).

dado la soberanía sobre todas las Indias. A esto contestaron, entre otras prudentes razones —prosigue Montaigne— que su rey debía de ser pobre ya que pedía y el que les había repartido aquellas tierras debía ser hombre dado a incitar a guerras ya que daba a terceros lo que no era suyo, creando discordia contra los primeros poseedores»²⁸.

Hay que tener en cuenta también que «la corona española consideró la conversión de los indios como el argumento principal de la equidad de su soberanía». A esta convicción parece contestar Montaigne en un capítulo en el que critica la holgazanería, principalmente de los reyes que prefieren encomendar a otros el mando de sus empresas guerreras y así aprovecha para incluir en su repulsa a los Reyes Católicos, «vituperando a los que les ensalzan como magnánimos conquistadores que se han hecho dueños de las Indias gracias a sus vasallos, sugiriendo que, tal vez, ni siquiera hubieran tenido el valor de ir a gozar personalmente de sus conquistas»²⁹.

Y todavía hay más. La injusticia de la conquista a la que añade los procedimientos empleados, hará que Montaigne, totalmente indiferente y ajeno a la misión evangelizadora, con frecuencia pretexto de expolio y de rapiña, llegue incluso a lamentar que el descubrimiento de ese nuevo mundo haya tenido lugar en una época tan depravada, opinión que expresa, al menos, dos veces: «A veces me disgusta que el conocimiento de esas tierras no haya sucedido antes, en tiempos en que había hombres que hubiesen podido juzgar acerca de ellas mejor que nosotros». Y en otro momento: «¿Por qué no habrá tenido lugar en tiempos de Alejandro o de esos antiguos griegos y romanos una conquista tan noble [...] que hubieran pulido y desbrozado cuanto tenían de salvaje y hubieran hecho prosperar las buenas simientes que la naturaleza les había concedido...»³⁰. Al no aludir ni por un momento al beneficio, en cierto modo, compensatorio para algunos, al atenuante que, a cambio de tantas muertes, podía suponer ganar el Cielo, Montaigne ha edificado voluntariamente su alegato en el terreno laico, considerando sólo a los antiguos paganos capaces de civilizar a los aborígenes americanos. No cabe mayor separación entre la religión y la moral ni mayor repudio de la actuación cristiana. La moral es ya para Montaigne independiente de la fe.

Pero surge una grave dificultad: estos «buenos salvajes» que viven gozando de las delicias de la edad de oro, son caníbales, como lo indica sin atenuación alguna el principal capítulo en que trata de ellos. Montaigne, deliberadamente, no retrocede ante esto. Explica su antropofagia, detallando una serie de ritos que no tienen otro objeto que la exaltación del honor y de la valentía, tras los cuales comen al enemigo vencido y muerto. La mayor parte de los comentaristas han pasado por este fragmento como sobre ascuas sin poner de relieve el contraste que seguidamente presenta Montaigne³¹. A partir de ahora el mito del «buen salvaje» va a ejercer en la meditación de Montaigne una función crítica sin paliativos de ningún tipo. Esos actos que debieran repugnar a la mente occidental también los realizan los cristianos con la excusa de la disparidad de creencias aunque ambos bandos —católicos y protestantes— proclaman su fe en un mismo Cristo. No comprende, dice, cómo «juzgando acertadamente las faltas de los salvajes, seamos tan ciegos ante las nuestras»³².

²⁸ Lewis Hanke, artículo cit., y L. III.º, cap. VI, pág. 911 (B).

²⁹ Lewis Hanke, artículo cit., y L. II.º, cap. XXI, pág. 677 (C).

³⁰ L. I.º, cap. XXXI, pág. 206 (A) y L. III.º, cap. VI, pág. 910 (B).

³¹ Frank Lestringant, «Le cannibalisme des "Cannibales"» en Bulletin de la Société des Amis de Montaigne, sixième série, n.º 9-10, 1982 y n.º 11-12, 1982.

³² L. I.º, cap. XXXI, pág. 209 (A).

Narrando hechos concretos, ocurridos realmente, algunos presenciados por él mismo en su propio país durante las guerras de religión, va a establecer un paralelo estremecedor entre los caníbales y los cristianos, pues como añadirá después: «Donde la religión sirve de pretexto, bajo apariencia de justicia, no se puede confiar ni en los lazos de parentesco»³³.

«Pienso que hay más barbarie en comer a un hombre vivo que en comerle muerto, en desgarrar con tormentos y con instrumentos de tortura un cuerpo todavía lleno de sentimiento, hacerle asar a trozos, hacer que le muerdan y le maten perros y cerdos (como lo hemos visto, no únicamente leído, sino visto no hace mucho, no entre enemigos antiguos sino entre vecinos y conciudadanos, y, lo que es peor, con pretexto de fervor religioso, de religión) que en asarlo y comerlo después de que haya muerto»³⁴.

Y como ocurre con todo lo que de verdad le duele insiste en la misma apreciación en otro capítulo que lleva el significativo título «Acerca de la crueldad»: «Los salvajes no me ofenden tanto por asar y comer los cuerpos de los muertos como los que los atormentan y los persiguen estando vivos»³⁵.

Olvidándose ya de los «buenos salvajes» Montaigne prosigue en otra ocasión su crítica dolorida dando testimonio de lo que está sucediendo en Francia.

Vivo en una época en la que abundamos en ejemplos increíbles de este vicio [se trata de la crueldad], por el desorden moral de nuestras guerras civiles; y no se ve nada tan extremado en la historia antigua como lo que estamos experimentando a diario. Pero en modo alguno me acostumbro a ello. Apenas si he podido persuadirme, antes de haberlo visto, que existiesen almas tan monstruosas que, por tan sólo el único placer del asesinato, quisieran cometerlo: desmenuzar y descuartizar los miembros del prójimo; agudizar el entendimiento para inventar tormentos inusitados y nuevas maneras de morir, sin enemistad ni provecho y por esa única finalidad de gozar del placentero espectáculo de los gestos y ayes dolientes de un hombre que muere en plena angustia. Pues ese es el punto extremo al que puede llegar la crueldad. C) Que el hombre mate a un hombre sin cólera, sin miedo, solo por verle expirar³⁶.

La sensibilidad de Montaigne le impulsa a decir: «En cuanto a mí, incluso en la justicia, todo lo que excede de una muerte simple, me parece pura crueldad, y sobre todo respecto a nosotros que deberíamos respetar el enviar las almas en buen estado; lo que no es posible, habiéndolas agitado y desesperado con tormentos insoportables». Y repite en otra ocasión: «Todo lo que no se limita simplemente a una muerte sencilla, me parece pura crueldad»³⁷.

Y nos preguntamos: ¿Montaigne que en otro contexto alude, aunque sin nombrarlo, a Tertuliano, acaso no sabía que este doctor de la Iglesia así como otros y hasta el mismo Santo Tomás, habían incluido, entre los placeres de que disfrutarán los elegidos en el Cielo, el gozo de contemplar los tormentos que padecerán en el infierno los condenados por toda la eternidad?³⁸ ¿Y acaso no recordamos que su rechazo de los suplicios a que son sometidos los condenados a muerte y que acabamos de citar, actos que califica de «crueldad» es una de las opiniones que le fue censurada en Roma por los censores del Santo Oficio?³⁹

³³ L. II.º, cap. XV, pág. 617 (C).

³⁴ L. I.º, cap. XXXI, pág. 209 (A).

³⁵ L. II.º, cap. XI, pág. 430 (A).

³⁶ L. II.º, cap. XI, pág. 432 (A) y (C).

³⁷ L. II.º, cap. XI, pág. 431 (A) y L. II.º, cap. XXVII, pág. 700 (A).

³⁸ Tertuliano, *De spectaculis*, 29 citado por Julio Caro Baroja, obra citada, pág. 52. La alusión de Montaigne a Tertuliano está en el L. II.º, cap. XII, pág. 528.

³⁹ Montaigne, *Journal de voyage en Italie par la Suisse et l'Allemagne, par Charles Dedeyan, Paris, Les Belles Lettres, 1946, pág. 482.*

Estos hechos no pueden sorprendernos si tenemos en cuenta que al pastor de la Iglesia, Gregorio XIII, papa a la sazón, le satisfizo mucho la matanza de protestantes de la San Bartolomé (24-8-1572). Hizo cumplimentar al rey por el embajador de Francia en Roma, cantó un Te Deum, hizo disparar el cañón de Santangelo, se dirigió en procesión a San Luis de los Franceses y encargó a sus pintores, para la Sala Real, cuadros conmemorativos del acontecimiento⁴⁰.

Autores ha habido que han afirmado que Montaigne exageraba al hablar de todos estos horrores. Existe, generalmente, un evidente afán por rechazar y por no difundir los hechos históricos monstruosos. La tendencia a suavizar o suprimir lo crítico de un autor, convirtiéndolo en irrelevante, haciéndole inofensivo, es, por desgracia, demasiado corriente. Por suerte, en este caso, un espíritu objetivo y auténtico de investigación ha demostrado la veracidad de los hechos relatados por Montaigne⁴¹.

Asimismo, es deseable que desaparezca la falacia de echar la culpa a los tiempos y de que no debemos juzgar con nuestra mentalidad actual. La moral y conducta en una época es la de la clase dominante, pero siempre hubo mentes lúcidas que se indignaron frente a la injusticia y la crueldad. Muy acertadamente opina Julio Caro Baroja cuando habla de las supersticiones y hechos que posteriormente «son combatidos como otros tantos errores populares. Una vez más se carga sobre el pueblo lo que el pueblo no creó, sino que recibió como bueno de gente autorizada, siglos antes»⁴².

Lo cual nos hace recordar que no puede interpretarse correctamente una obra literaria sin conocer el ambiente o contexto político, social y sobre todo religioso en que ha sido escrita.

Tal vez en ningún otro momento haya expresado Montaigne con más fuerza y dolor la crítica de su época utilizando la oportunidad que le ha ofrecido el mito de «el buen salvaje». El tema americano le ha brindado a Montaigne la ocasión de criticar la tortura, las guerras de conquista y coloniales, la pereza mental que nos hace esclavos de la costumbre y ha sido pródigo en inspirar, en especial, su formidable alegato contra la intolerancia de todos los fanatismos, favorecedores de los peores impulsos que todavía anidan en la especie humana, sugiriéndole críticas que se adelantan a su tiempo y son todavía actuales.

⁴⁰ Charles Dedeyan, obra cit., pág. 480.

⁴¹ Frank Lestringant, interesantes y rigurosos artículos citados.

⁴² Julio Caro Baroja, obra cit., pág. 262.

Otilia López Fanego

UNA ESCRITURA PLURAL DEL TIEMPO

ANTHROPOS

REVISTA DE DOCUMENTACIÓN CIENTÍFICA DE LA CULTURA

Investigar los agentes culturales más destacados, creadores e investigadores. Reunir y revivir fragmentos del Tiempo inscritos y dispersos en obra y obras. Documentar científicamente la cultura.

ANTHROPOS, Revista de Documentación Científica de la Cultura; una publicación que es ya referencia para la indagación de la producción cultural hispana.

Más de 100 números publicados desde 1981

S U P L E M E N T O S

SUPLEMENTOS Anthropos es una publicación periódica que sigue una secuencia temática ligada a la revista **ANTHROPOS** y a **DOCUMENTOS A**, aunque temporalmente independiente.

Aporta valiosos materiales de trabajo y presta así un mayor servicio documental.

Los **SUPLEMENTOS** constituyen y configuran otro contexto, otro espacio expresivo más flexible, dinámico y adaptable. La organización temática se vertebra de una cuádruple manera:

1. Miscelánea temática
2. Monografías temáticas
3. Antologías temáticas
4. Textos de Historia Social del Pensamiento

ANTHROPOS

Formato: 20 x 27 cm

Periodicidad: mensual

(12 números al año + 1 extraord.)

Páginas: Números sencillos: 64 + XXXII (96)

Número doble: 128 + XLVIII (176)

SUSCRIPCIONES 1990

ESPAÑA (sin IVA: 6 %)..... 7.295 Pta.

EXTRANJERO

Via ordinaria 8.900 Pta.

Por avión:

Europa 9.500 Pta.

América 11.000 Pta.

África 11.300 Pta.

Asia 12.500 Pta.

Oceanía 12.700 Pta.

Formato: 20 x 27 cm

Periodicidad: 6 números al año

Páginas: Promedio 176 pp. (entre 112 y 224)

SUSCRIPCIONES 1990

ESPAÑA (sin IVA 6 %) 7.388 Pta.

EXTRANJERO

Via ordinaria 8.950 Pta.

Por avión:

Europa 9.450 Pta.

América 10.750 Pta.

África 11.050 Pta.

Asia 12.350 Pta.

Oceanía 12.450 Pta.

Agrupaciones n.ºs anteriores (Pta. sin IVA 6 %)

Grupo n.ºs 1 al 11 incl.: 11.664 Pta.

Grupo n.ºs 12 al 17 incl.: 8.670 Pta.

Suscripción y pedidos:

 ANTHROPOS

Apartado 387

08190 SANT CUGAT DEL VALLÈS (Barcelona. España)

◀ Anterior

▲ Inicio

Siguiente ▶